

El caso de los garimpeiros

¿Cuáles son los objetivos de nuestras FF.AA.?

Desde hace años la prensa nacional, con hondo sentido patriótico que agradecemos y aplaudimos, nos viene informando periódicamente de las devastaciones de los garimpeiros en el Edo. Bolívar y el Territorio Federal Amazonas. Las declaraciones de los expertos en la zona testifican que lo que dice la prensa es tan sólo un eco amortiguado de lo que está pasando. Las tallas, la contaminación mercurial y más aún las vidas de aborígenes son pérdidas irreparables, (vease, por ejemplo el artículo de José Bartoli, SIC 520, dic. 1989).

Pero lo que más duele en este trágico asunto es la pasividad del Estado: de las Fuerzas Armadas, de la Cancillería y del Ministerio del Ambiente. Ante todo, de las Fuerzas Armadas. Tenemos unas Fuerzas Armadas desadaptadas de sus objetivos reales y sin voluntad de conseguirlos. Periódicamente obtienen del Congreso presupuestos multimillonarios con el fin de equiparse para hipotéticas confrontaciones, y entre tanto están ausentes, son derrotadas vergonzosamente en la única confrontación real que vienen sosteniendo desde el inicio de la vida republicana: la de la salvaguarda de las fronteras.

Nuestras Fuerzas Armadas no están concebidas ni adaptadas para cumplir este objetivo nacional. No es él el que determina ni la división de las distintas fuerzas, ni su ubicación, ni su equipamiento, ni su entrenamiento. En nuestro siglo XX las Fuerzas Armadas se reorganizaron en base a objetivos políticos internos y subordinados al personalismo gobernante y luego, sin abandonar éstos del todo, toman relevancia creciente los objetivos profesionales, en el sentido abstracto de estar a la altura del tiempo. Falta la referencia determinante al objetivo real de garantizar la integridad del territorio nacional y la seguridad de las fronteras, no respecto de enemigos potenciales sino de aquellos que las vienen ocupando, sean los narcotraficantes en la frontera con Colombia o los garimpeiros en la del Brasil.

No tiene sentido decir que la Guardia Nacional no se da abasto, porque la división de las Fuerzas Armadas y la asignación de tareas debe hacerse en función de estos objetivos concretos. Tampoco es lógico pedir presupuesto adicional para la compra de material aéreo adaptado a esas funciones, porque son esas las funciones reales que deben determinar el equipamiento de las Fuerzas Armadas. Hay un grave error de concepción. Si no reorientamos las Fuerzas Armadas en base a objetivos reales, éstas acaban por convertirse en un lujo costosísimo, cuando no en una latente amenaza para el país, que tiene que concederles crecientes privilegios para que se inhiban.

Y mientras tanto el país sigue desguarnecido y se desangra en la geografía nacional y en indígenas, custodios ancestrales de los territorios devastados.

Este problema es un problema político. Y nuestros políticos han sido el prototipo de lo que Uslar Pietri llamaba "los arrinconados venezolanos". Mientras Cipriano Castro, joven congresante lanzaba vibrantes arengas en Caracas sobre la situación de Guayana que le producían buenos dividendos políticos, los ingleses avanzaban impávidos por el Esequibo. Esa ha sido la constante: discursos, interpelaciones, alguna comisión y ninguna política de medidas concretas y sostenidas. Para nuestros políticos las fronteras nunca han sido una prioridad. Hoy tampoco lo son. Lo contrario del Brasil.

Mientras nuestro Presidente y su Cancillería insistían en la disposición de Brasil para cooperar a la solución del problema, el Presidente brasileño rehusaba groseramente ofrecer algún signo de desagravio a la opinión pública venezolana, su embajador manifestaba la duda de que hubiera pistas en territorio venezolano y los garimpeiros apresados reconocían utilizar aviones de la Fuerza Aérea brasileña. Frente al expansionismo descarado, la insistente política de la avestruz.

La pasividad del Estado venezolano en el caso de los garimpeiros se explica si consideramos otro problema conexo. El estrago de los garimpeiros también sucede con los mineros en el Edo. Bolívar. Son territorios sin ley, en los que se depreda la tierra y se degradan sus habitantes, con la connivencia de autoridades civiles y militares.

¿Habrá correctivos? Quisiéramos tener esperanza, pero no tenemos ninguna señal que la alimente. ¿No nos querrán brindar alguna?